

Hiperbolero

para Regina

Mátame, anda.
Por lo menos mátame.
Haz que la tierra tiemble,
que mis zapatos salgan volando
y no me encuentren al regreso.
Haz que suceda algo.
Quiero morir en tu orilla,
naufragar en ti, arder vivo
en tus labios, ser tu prisionero,
tu esclavo, quien te lave la cabeza
y prepare tu café.
Quiero que me odies, que me destruyas,
pero sobre todo quiero que me mates,
que me olvides, que no tengas compasión
de mí, que no te conduelas
ni aun cuando me vieras gritar y sollozar y de rodillas
[pedir piedad implorando por mi madre
o suplicando como un cobarde
en un calabozo.
Quiero que me pisotees y no me oigas
y no me escuches y me ignores
y, después de eso, ser para siempre
el viento que pasó por tu ventana,
el esqueleto de una flor que un día
cortaras para adornar tu escote, nada:
una tarjeta en blanco en un cofre de otro tiempo,
una hebra de pelo en el hombro de un abrigo.
Pero ahora mátame, por lo que más quieras,
mátame, córtame en pedacitos y cómeme, ódiame,
hazme despertar con un brazo de menos,
llora como una vaca, injúriame,
que te escuchen en el cielo
y tengan que interceder los vecinos,
quema mi ropa y lanza al mar las cenizas,
mis señas, tergiversalas,
vuélvete una epidemia, un huracán,

borra mi pasado, déjame sin porvenir,
sin casa, sin muebles, sin amigos,
haz que termine
pidiendo limosna en la calle y sin saber quién soy;
no te conduelas, no me oigas,
sé mala, bien mala, y olvídame,
olvídame mucho después, mujer mía,
pero ahora mátame.
Por lo menos mátame,
destrúyeme, muérete conmigo.
Es todo cuanto a Dios en este instante inmenso
le pido.

(1992)